

No resulta una audacia, pues, afirmar que oro y América son sinónimos en Machado. Una y otra vez el tema es recurrente. Ya aparece en los famosos versos dedicados a Rubén Darío, hacia 1904, ... *peregrino/ —dice— de un Ultramar de Sol, nos trae el oro / de su verbo divino*. Que la metáfora no es fortuita lo demuestra, cuando doce años más tarde, ante la muerte del padre del modernismo español, exclama: *Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro*. Aquí oro está escrito con mayúscula, como antes sol, énfasis que no pareciera casual, a la luz de lo que venimos exponiendo.

Machado alude, en su correspondencia, en varias oportunidades, a *La Prensa* y a *La Nación*, de Buenos Aires (únicas publicaciones americanas aparte de la revista *Sur*, que menciona en sus escritos). Pero su interés es atraído tan sólo por artículos de escritores españoles, como Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno, aparecidos en dichos diarios porteños.

En ningún momento hace mella en Antonio el generoso interés que demostrara su admirado Unamuno por la realidad cultural americana, pese a que, en otros tópicos, siguió de manera casi incondicional las inquietudes del gran maestro vasco.

Los poetas americanos no tuvieron con él mejor suerte. Después de Darío y el mexicano de Icaza —salvo un par de líneas dedicadas a Walt Whitman— sólo otro poeta del Nuevo Mundo atrajo la atención del maestro sevillano y mejor no lo hubiera hecho. Se trata de Vicente Huidobro, de quién se ocupa dos veces en *Los complementarios* para vapulear sin miramientos su estética de vanguardia.

Pareciera haber un cierto fastidio en Machado hacia los escritores americanos. Pese a su juicio superlativo sobre Darío, no se priva de calificarlo de «húmedo», aludiendo a su manifiesta inclinación por el alcohol, acotando que tan sólo su genio torna dispensable tal afición. Pareciera que nunca el severo andaluz pudo asimilar bien la vida bohemia de sus protectores en París. El otro, el ya citado Enrique Gómez Carrillo, terminó transformado de amigo en odiosa criatura, a quien pretende descalificar, junto con otros hispanoamericanos radicados en París, llamándolos «chiriguos» y «guachindangos», corrupción de las voces americanas «chiriguanos» y «guachinangos» y que, según sus anotadores, se usaban en España para aludir despectivamente a los hispanoamericanos. Todo esto evidencia que en Machado subyacía un cierto malestar o desconfianza hacia aquello que proviniera de América y que el trascurso de los años no hizo sino ahondar tal prevención.

En una carta que le dirige a Miguel de Unamuno con motivo de la aparición de su libro *Contra esto y aquello* donde le informa que ha escrito un artículo dedicado al mismo —próximo a aparecer en *La Lectura*—, Machado transparenta su pensamiento cuando dice: «Como casi todo el contenido

de ese libro son crónicas publicadas por usted en *La Nación*, de Buenos Aires, conviene que nuestros indígenas se enteren de lo más sustancioso...». La intención peyorativa se evidencia cuando en el artículo aludido, que contiene el mismo párrafo que hemos transcrito, se sustituye *nuestros indígenas* por *los lectores españoles*. A los otros, a los tácitos indígenas de ultramar, que Dios los guarde.

Y ello pese a que su obra alcanzara, desde el primer momento, una acogida muy favorable en el continente americano, según lo documenta uno de sus biógrafos⁴ al referirse a la *opera prima* tanto de Antonio, como a la de Manuel: *A los hermanos le llegan cartas de América, henchidas de admiración. Reciben solicitudes de colaboración del otro lado del mar y, hasta ejemplares que personas oficiosas les mandan de alguna edición clandestina*. Y cabe recordar aquí que Unamuno celebró la aparición de *Campos de Castilla* desde las páginas de *La Nación*, de Buenos Aires.

Antonio Machado muestra una visión decimonónica de América en la reiterada alusión, que hace, en sus poemas y cartas, a «las Españas». ¿Y qué puede significar esto de las Españas?

Desde el punto de vista de Machado, que no parece singular, se trataría de un sentimiento no muy claro en el cual se mezclan ingredientes antagónicos. Por un lado, una implícita negativa a reconocer la autonomía cultural americana y por el otro, una vaga idea comunitaria, que encontraría su fundamento en el idioma. En ambos casos aparece como figura tutelar la madre patria o la lengua madre. Según esta concepción todos seríamos todavía españoles, pero unos más que otros.

La irrealidad de esta visión, ya avanzado el siglo XX, es directamente proporcional a una sospechosa ignorancia de la realidad americana, cuando no a un desinterés igualmente equívoco. Por eso creemos que en Machado sus invocaciones a «las Españas» no pasan de ser un recurso retórico y, como tal, vacío de contenido.

El tema aparece tempranamente, hacia 1904, en el primer poema que dedica a Rubén Darío *que de una nueva España a España viene* donde «nueva» está escrito con minúscula, revelando claramente la intención del autor, más si se tiene presente que en el poema que a su vez dedica al mexicano Francisco de Icaza lo presenta como parte *de la España vieja / y de Nueva España*.

En 1916 el poeta insiste, y dice a propósito de la muerte de Darío: *Que en esta lengua madre la clara historia quede / corazones de todas las Españas llorad*. Hacia el fin de su vida y en plena guerra civil, la ilusión persiste en el poema póstumo «A Méjico», país al cual alude como al *libertador que el estandarte llevas / de las Españas todas*. Coincidentemente, en una carta a María Luisa Carnelli, con motivo de un viaje de ésta a la Argentina, le

⁴ Se trata de la lamentable *Vida de Antonio Machado y Manuel de Miguel Pérez Ferrero* (pg. 92), Espasa Calpe, Argentina, 1952, Bs. As.

recuerda: *Usted sabe muy bien que los enemigos de España son enemigos de todas las Españas.*

Sin embargo un estallido de contrariedad o un descuido pueden traicionar su verdadero sentimiento. Hacia mediados de 1937, en la posdata de una carta a Juan José Domenchina le manifiesta: *He recibido una carta de Guillermo de Torre, pidiéndome original para la revista Sur de Buenos Aires. No puedo acceder a su pretensión, porque de ningún modo quiero que se publique nada mío en el extranjero que antes no se haya publicado en España, como no sea por encargo del Gobierno.* Al traste con la teoría de «las Españas».

Pareciera que la visión varía con los humores, o con las circunstancias, porque ya en el poema de homenaje a Grandmontagne se dice, refiriéndose a los argentinos: *y de un pueblo americano / donde florece la hombría / nos trae la fe y la alegría / que ha perdido el castellano.* Así, unas veces la Argentina —a la postre el país americano más nombrado por Machado— es presentado como integrante de «las Españas», otra como un país extranjero y otra como una nación americana. Filiación por demás cambiante que transparenta su ambivalencia hacia lo americano.

A nuestro juicio es en ese poema a Grandmontagne donde puede detectarse la punta del *iceberg* de la negación machadiana.

Allí escribe Machado, aludiendo a ese escritor español que, como se sabe, se había radicado en Argentina: *Arribado a un ancho estuario, / dió en la argentina Babel. / El llevaba un diccionario / y siempre leía en él: / era su devocionario* y más adelante: *El cronista / de dos mundos, bajo el sol / el duro pan se ganaba / y, de noche, fabricaba / su magnífico español.*

Pero es entre los papeles de Mairena donde se evidencia la clave de tanto desencuentro. Escribe allí contra los que pretenden representar *la España del Cid* y enojado advierte: *También nos dirán que la conquista de América fue cosa de ellos y que, sin sus abuelos (Cortés, Almagro, Pizarro, etc.) no se hablaría en América la lengua de Cervantes. Reconozcamos que, si esto es cierto, las virtudes de la familia han decaído tanto que son precisamente los nietos de aquellos ilustres capitanes quienes mejor trabajan por la que la lengua de Cervantes desaparezca de todo el Nuevo Mundo.* Así se explica que el diccionario de Grandmontagne fuera un instrumento para exorcizar la lengua en la argentina Babel.

He aquí el verdadero nudo de la cuestión: el presunto maltrato del idioma castellano por parte de los americanos. Una pasión comprensible lo cegaba sin duda cuando, en 1938, Machado —no Mairena, lo juro— escribió esas duras palabras. Queriendo aventar cuervos, su perdigonada, de grueso calibre, alcanzaba injustamente a quienes en América cultivaban, o habían cultivado, un español hacia el cual habría de mirar España pocas décadas después y al que el mismo Machado no era, tal vez, totalmente ajeno.

Y no hay más. Espero que el armado de este rompecabezas haya adquirido suficiente sentido; si así fuera habré logrado el objetivo propuesto.

En 1940, cuando las posiciones antifacistas tambaleaban en casi todo el mundo, Guillermo de Torre⁵, afirmaba: *Si no creyéramos que, al cabo, la «bestia motorizada» ha de ser detenida secamente; si nos sintiéramos pesimistas podríamos augurar que mañana todas las literaturas estarán en la emigración, que la única literatura del porvenir inmediato es la del destierro. Surgiría así un período de tan absoluta aridez intelectual en Europa, como de extraordinario enriquecimiento en ambas Américas* señalando que eran los escritores españoles, dentro de su tragedia, los que tenían más oportunidades *de rehacerse en los distintos países de la América española que les han abierto sus puertas* y previendo que, de cualquier modo, la obligada ausencia no dejaría de resultar fructuosa al curar a la «intelligentsia» española de asfixiantes localismos, brindándosele perspectivas nuevas y enriquecedoras. *Y sobre todo el exilio —escribía— habrá prestado a los escritores españoles un beneficio incalculable, una experiencia vital y espiritual del mayor alcance, que de otra suerte pocos habrían resuelto afrontar: el conocimiento y el amor de América.*

Dos de esos hombres que redescubrieron América: Rafael Alberti y Arturo Cuadrado —en cuyas bocas escuché por vez primera, hace ya más de cuarenta años, el nombre de Machado— me enseñaron a gozar la poesía española, tanto la moderna como la clásica. Por eso, por lo que ellos representan como testimonio viviente de una época y por lo que perdura en mí de mis ancestros hispánicos, hago votos para que, a las puertas del siglo XXI, no nos miren, como a extranjeros, los ojos de España.

⁵ Guillermo de Torre, «La emigración intelectual, Drama contemporáneo» (1940), recopilado en *Tríptico del sacrificio* (pg. 132/133), Editorial Losada (2ª ed.), 1960, Bs. As.

Carlos Spinedi

